

Reproducción

Número 87. — Tomo V.

10 de Noviembre de 1922.

Director:

Elías Jiménez Rojas

San José de Costa Rica

Apartado 230

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Crejos Hnos.

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.

Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques & Recibos

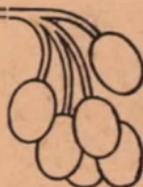
Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.

Cumplimiento
en la entrega
de trabajos.



REPRODUCCION

No. 87 * 10 de Noviembre de 1922 * Tomo V

Director, ELIAS JIMENEZ ROJAS

San José, Costa Rica — Apartado No. 230

El nuevo decálogo de la ciencia

Carta abierta de un Biólogo a un Estadista

Por Albert Edward Wiggam

EXCELENTÍSIMO SEÑOR:

Como sabéis, la biología es la ciencia de la vida. Ahora bien: vosotros reguláis la vida en esfera más vasta que cualquiera otra criatura humana. Todo aquello que decís, pensáis o hacéis con referencia a la vida es, por consiguiente, de importancia trascendental para el mundo entero. Sois, por decirlo así, los árbitros de los destinos de la raza. Lamento verme obligado a declarar, sin embargo, que existen cinco o seis mil volúmenes e innumerables estudios especiales sobre la vida, de los cuales no tenéis, evidentemente, el menor conocimiento; o

si lo tenéis, ha ejercido influencia singularmente escasa sobre vuestra política y sobre vuestras acciones.

Conocéis los diez mandamientos que el Señor grabó en las pétreas tablas de la ley y dió a Moisés, uno de vuestros predecesores, como norma genuina del arte de gobernar, añadiendo más tarde dos suplementos conocidos como la regla de oro y el sermón de la montaña. Habéis fracasado lamentablemente en llevar a la práctica estos antiguos principios, y tal vez sorprenderá a vuestra excelencia el verificar que Dios continúa aún revelando nuevos aspectos de estos principios vitales y políticos. En vez de hacer uso de tablas de piedra, profecías, visiones y sueños, el Señor brinda hoy al hombre el microscopio, el telescopio, el espectroscopio y el tubo de ensayos químicos, para que se halle en situación de descubrir por sí mismo los misterios de la vida. Estos modernos instrumentos no sólo han añadido una lista enorme de nuevos preceptos, sino que ilustran la técnica a favor de la cual hayan de llevarse a efecto los antiguos. El hom-

bre nunca ha sido verdaderamente justo, porque no había descubierto en qué residía la verdadera justicia. No podía conformarse a la voluntad divina, porque no sabía la forma de interpretar esta voluntad. Pero al cabo la ciencia ha revelado al hombre la técnica real de la justicia. Y este nuevo manual es de procedencia tan divina como el antiguo.

II

La *primera* advertencia que la biología hace al estadista es que la humanidad retrocede: que las razas civilizadas del mundo se hundan biológicamente; que *la civilización conforme la entendéis es fatal para la raza humana*; que vuestros magnos esfuerzos por mejorar la condición del hombre, en vez de contribuir a su perfeccionamiento, no hacen sino apresurar la hora de su ruina; que el cerebro del hombre no progresa; que el hombre no adelanta como generador espontáneo de seres orgánicos; que las enfermedades producidas por microbios disminuyen con toda probabilidad, pero

al mismo tiempo disminuye visiblemente la capacidad del hombre para resistirlas; que aumentan las dolencias fisiológicas y funcionales, como las «enfermedades del corazón,» la enfermedad de Bright, la diabetes, el cáncer, las afecciones producidas por degeneración de las arterias, el hígado y los órganos centrales, las enfermedades «sociales» y de «hábito;» que se acrecienta el número de seres endebles, incultos, indigentes, holgazanes e idiotas, en tanto que disminuye la proporción de hombres superiores en las diversas clases sociales.

Temeroso de que imaginéis que pretendo solamente alarmaros, me permito instar a vuestra excelencia a echar una ojeada al diagrama biológico nacional. Las pruebas mentales a que se ha sometido al ejército demuestran que hay aproximadamente en la nación cuarenta y cinco millones de individuos que carecen de mentalidad adecuada. Su potencia intelectual nunca llegará a ser mayor que la que posee un niño de doce años. La mayor parte de esos individuos apenas si alcanzará siquiera esta escasa pro-

porción de inteligencia. Además de los cuarenta y cinco millones de ciudadanos que carecen de mentalidad, pero que constituyen una mayoría votante, hay otros veinticinco millones que tienen algo de inteligencia. Su capacidad de desarrollo mental y espiritual se equipara con la de los niños de trece y catorce años, y toda vuestra educación no puede añadir un ápice a su mentalidad. En seguida hay veinticinco millones de individuos que poseen claro criterio. No tienen gran proporción de inteligencia, pero la que tienen es de buena calidad. Y por último, hay algo más de cuatro millones de ciudadanos que tienen muchísimo entendimiento: poseen aquello que llamamos «talento». Nunca habéis pensado en aprovechar la inteligencia de estos cuatro millones en la empresa del gobierno de la raza humana; pero la inteligencia está allí. Vuestro deber primordial es poner a la obra a estos cuatro millones de individuos, haciéndolos cooperar con vosotros en el gobierno de la nación, en vez de querer hacerlo todo vosotros mismos.

Ahora bien: el peligro no está en

los noventa y más millones que carecen de talento, sino en los cuatro que lo poseen. Ninguna nación ha sido jamás derrocada por imbéciles. La naturaleza odia el vacío, y por esto rechaza el cerebro de los ineptos.

Vosotros desafiáis a la naturaleza con vuestra civilización. La evolución es un proceso sangriento que la civilización trata de convertir en agua de rosas. La barbarie es el único método a favor del cual el sér humano ha progresado orgánicamente, así como la civilización es el único método que ha causado su declinación orgánica. La civilización es la empresa más peligrosa en que el hombre se haya embarcado. Al arrancar al hombre de las manos brutales y sangrientas, pero benéficas, de la selección natural, lo colocáis en las manos perfumadas, suaves y delicadamente enguantadas, pero más peligrosas, con mucho, de la selección artificial. A menos que invoquéis a la ciencia en vuestro auxilio y hagáis esta selección artificial que llamamos civilización tan eficiente como los rudos métodos de la naturaleza, estropearéis esta obra colosal.

Esto es lo que estáis haciendo en grande en la América industrial.

Los cuatro millones de hombres de talento disminuyen, en tanto que se aumentan los noventa millones de ineptos. La diferencia proporcional de natalidad es uno de los verdaderos problemas políticos. Las naciones han perecido a causa de las diferencias de natalidad en la raza humana. La diferencia proporcional de natalidad de un décimo de criatura por familia, en una región respecto de otra, alteraría prontamente el destino entero de los pueblos. Y aquí se ha manifestado una diferencia proporcional de natalidad que asciende a criatura y media por familia entre vuestros cuatro y vuestros noventa millones de individuos.

Por otra parte, en el gobierno de vuestros millones os habéis contentado con dos grandes nebulosidades sentimentales: primera, que todos los hombres son iguales por el nacimiento; y segunda, que Dios ha de proveer caudillos para el pueblo. Pues bien: *todos los hombres nacen desiguales; y los caudillos no se hacen por medio de oraciones, sino a favor de células germina-*

les. «Lo más injustificable en el mundo es tratar igualmente a naturalezas desiguales.» La dificultad no es que los hombres sean desiguales, sino que no son suficientemente desiguales. Mientras más pretendéis igualar las oportunidades, más se marcan las desigualdades de los hombres. Habéis fracasado más allá de todo cálculo en igualar las *oportunidades*. Habéis tratado insensatamente de igualar a los *hombres*. Y esta impía doctrina igualitaria ha puesto en acción fuerzas económicas, sociales, políticas, educativas y aun religiosas, que eliminan de la corriente de sangre nacional las valiosas células germinales de vuestros cuatro millones de hombres superiores, y una vez que los cuatro millones se hayan disipado no quedará otra cosa que la austera pero eficaz disciplina de la barbarie, hasta que la naturaleza sea capaz de producirlas de nuevo. En este remoto día, vuestras instituciones, vuestros ideales, vuestros restos mismos, constituirán tan sólo materia de investigación y placer para la mente del arqueólogo.

III

La *segunda* advertencia de la biología es breve y concreta: que la herencia, y no el medio ambiente, es lo que hace a los hombres; que es el hombre quien hace el medio, y no el medio al hombre; que casi todas las miserias y casi toda la felicidad del mundo se deben, no al medio ambiente, sino a la herencia; que las diferencias entre los hombres provienen de las diferencias en las células germinales que les dieron vida; que las clases sociales, que vosotros tratáis de abolir, están ordenadas por la naturaleza; que no son los barrios bajos los que hacen a la gente del arroyo, sino la gente del arroyo la que hace los barrios bajos; que, principalmente, no es la iglesia la que hace a la buena gente, sino la buena gente la que hace a la iglesia; *que las personas buenas nacen y no se hacen*; que si queréis miembros de la iglesia, necesitáis dar a la naturaleza ocasión de producirlos; que si queréis artistas, poetas, filósofos, diestros artesanos, la naturaleza debe tener una oportunidad de hacerlos florecer.

Vosotros no admitís esta doctrina. Creéis que de la oreja de un cerdo se puede fabricar una bolsa de seda; que es posible arrancar sangre a los nabos, descubrir un Lincoln en cualquiera cabaña con tal de registrarla con ardor suficiente, y convertir en genios a los imbéciles. Imagináis que la razón de que un hombre que comienza por el último peldaño suba hasta el extremo superior de una escalera, en tanto que otro que comenzara arriba resbale hasta el extremo inferior, se debe simplemente a que la escalera estuvo invertida. La ciencia sabe que esto se debe a la diferencia innata entre el hombre que tiende a elevarse y el que no posee aptitudes para retener su puesto. La solución que sugiere nuestro medio ambiente es retirar de ambos la escalera para que queden a igual nivel. Como resultado, priváis a cada uno de ellos del instrumento de transporte para llegar a su destino natural.

IV

La *tercera* advertencia que nos hace la biología es que vuestros no-

bles cuanto inadecuados sistemas para *mejorar las condiciones de vida* han fracasado y fracasarán en el sentido del perfeccionamiento de la raza, y están, por el contrario, apresurando su degeneración.

Imagináis erradamente que es posible precipitar una evolución al agua de rosas para el inepto; mas la naturaleza ha progresado dejando que el diablo se entienda con los rezagados. Vuestro método es aumentar el número de los rezagados. La naturaleza destruye a los ineptos, pero vosotros arrojáis simplemente más ineptos a sus ávidas fauces. Vuestra misma clemencia no hace sino acrecentar la brutalidad de la naturaleza. El cielo de los ineptos sería el infierno biológico para los idóneos.

Se dice que Daniel Webster, cuando se le presentaba una cuenta, firmaba un pagaré, lanzando esta deleitosa exclamación: «¡Bien; a Dios gracias, hemos pagado esta cuenta!» Vosotros estáis tratando de pagar vuestras cuentas atrasadas a la evolución por medio de pagarés. Creéis que así «se pone en vigencia la regla de oro». Esta

es una lisonjera ocurrencia; pero si se aplicara la regla de oro en la forma equivocada en que la concebís, provocaría la destrucción de la raza que ensayara tales métodos. Puedo predecir desde ahora que el resultado sería llenar las cárceles, penitenciarías, casas de corrección, «casas de refugio» y asilos: mudos monumentos de vuestros tardíos esfuerzos para contener la marea creciente de degeneración que *vuestra* regla de oro hubiera provocado; receptores naturales de los productos de vuestra indiscreta ingerencia en la evolución. Creéis que los débiles y apocados deben heredar la tierra, y os habéis arreglado de manera que así sea. Absorben desde ahora casi la mitad del tiempo, energías y dinero de vuestra civilización. No observáis que los débiles y apocados a quienes hoy protegéis son en su mayor parte los nietos de aquellos débiles y apocados a quienes protegieron vuestros abuelos, sólo que son mucho más numerosos, en tanto que la proporción de vosotros disminuye. La brutal naturaleza los destruye por millares, pero vuestra caridad llegará al cabo a

destruirlos por centenas de millares. Y a menos de que os penetréis, como se han penetrado algunos reformadores sociales, de una nueva conciencia biológica, os encontraréis arrastrados por el torbellino de vuestra bien intencionada, pero socialmente desastrosa locura.

V

La *cuarta* advertencia de la biología es que la medicina, la higiene, la salubridad y todos vuestros esfuerzos para producir idoneidad física y mental donde sólo se encuentra el vacío, en vez de incrementar, por medio de la selección la inagotable salud, energía y cordura que fermentan en los elementos que componen el protoplasma humano, están debilitando y debilitarán cada vez más la raza humana.

¿Quién aprovecha de vuestra higiene?

¿Quién absorbe vuestras medicinas? ¿Los fuertes o los débiles? Vuestros sabios encaminan sus investigaciones en el sentido de hallar cura para la tuberculosis, la insania, la debilidad del corazón, el endurecimiento de las

arterias, mal funcionamiento del hígado, atrofia de los riñones; alguna panacea que oculte en vez de reforzar el punto débil de la armadura humana. ¡Dios bendiga sus esfuerzos! Pero, si os limitáis a la aplicación de estas panaceas y *no hacéis algo más*, destruiréis la misma raza que habréis salvado. La raza que salve su vida necesita perder vida; quiero decir, necesita eliminar a sus miembros incapaces en vez de prepararlos para la reproducción. Si una raza desciende lo necesario, se encontrará en la cúspide; es decir, sus sobrevivientes serán los biológicamente idóneos. Las enfermedades extremas depuran la raza porque matan al débil y al vicioso. Dejan que el fuerte, el robusto, el virtuoso, transmitan la antorcha de la herencia a sus descendientes por nacer. Vuestra intención es buena, pero la naturaleza trastornará al cabo los resultados.

VI

La *quinta* advertencia de la biología es que la moral, la educación, el arte y la religión no adelantarán en

forma directa la *innata* rectitud, adaptabilidad o capacidad artística y religiosa de la raza humana. Esto parece una afirmación sombría.

Empero, mientras más «perfeccionáis» el medio para vuestras plantas, animales u hombres, sin recurrir a la selección, más rápidamente se presenta el deterioro.

La selección científica es el único método capaz de perfeccionar a los hombres.

Ahora bien: vuestra excelencia debe haber llegado ya a la conclusión de que habéis hecho una terrible mezcla con las cosas. Tal es la reacción espiritual que deseaba provocar. En opinión del biólogo la única esperanza de escapar de esta confusión es que, con nueva visión espiritual de la política, rindáis obediencia a los seis dominantes preceptos del nuevo decálogo de la ciencia, brotado del moderno Sinai: EL LABORATORIO.

VII

El primer mandamiento que la biología prescribe al estadista es *el de atender a la eugenesia*. La eugenesia

es el método ordenado por Dios para asegurar mejores padres a nuestros niños, con el objeto de que nazcan con mejores cualidades mentales, morales y físicas para afrontar la lucha de la vida. La eugenesia no significa otra cosa sino hacer que la evolución se produzca de manera consciente e inteligente. No es un plan, ni siquiera un programa. Es imposible decretar la eugenesia, del mismo modo que es imposible decretar los cambios del tiempo. La eugenesia significa una nueva religión, un nuevo código moral, un nuevo evangelio social y político, un cambio en los fines de la civilización y en las características fundamentales del hombre. Significa el perfeccionamiento del hombre como sér orgánico. Significa que el mejoramiento de las *capacidades innatas* del hombre para la felicidad, la salud, el sano criterio y el éxito debe constituir el propósito vital del Estado.

Esto es la eugenesia, y nada menos que esto. Es simplemente la proyección de la regla de oro en la corriente del protoplasma. Los hombres del futuro nacerán de esta corriente,

y sus cualidades dependen absolutamente de nosotros. Vosotros, estadistas, sólo habéis descubierto la mitad del cristianismo. Lo habéis aplicado únicamente a los vivientes de la época, sin pensar en nuestros semejantes que están por nacer. Los que no han nacido pueden procurarse el alimento. Nosotros podemos dotarles de sus características naturales. Jesús quería que aquellos que están por nacer pudieran también gozar abundantemente de la vida. Y el biólogo ha descubierto que la abundancia o miseria de su vida se hallan absolutamente en nuestras manos. No el medio ambiente, sino únicamente la herencia les asegurará vida abundante. Podemos hacer algo por su ambiente, pero podemos determinar por completo su herencia. Y esta herencia, el biólogo lo sabe, determinará en cuatro quintas partes su felicidad. Si Jesús estuviera entre nosotros, habría sido presidente del primer congreso eugenésico. Interpretando el significado espiritual del microscopio de Weissmann, los experimentos de Darwin y los guisantes de Gregor Mendel, habría exclamado:

«Os doy un nuevo precepto: la regla de oro biológica, la regla de oro completada. Haced por el nacido y por el que está por nacer lo que quisierais que vuestros antepasados hubieran hecho por vosotros.» Tal es el concepto biológico de la fraternidad humana. Tal es la verdadera regla de oro. Ésta, y solamente ésta, es la reconciliación final de la ciencia y de *La Biblia*.

VIII

El segundo mandamiento de la biología es *el de llevar a cabo investigaciones científicas*.

Cuando algún genio desconocido de la antigüedad mezcló nueve partes de cobre con una de estaño e hizo el bronce, no solamente elevó a la humanidad desde la edad de piedra hasta la de metal, sino que inició una nueva era de moral, porque comenzó *experimentalmente* a buscar a Dios.

En los electrones del átomo y en las células germinales del protoplasma viviente, el hombre ha encontrado por fin a Dios, trabajando en su propio taller. El mecánico, examinando este

taller, ha declarado: «Todo es pura mecánica.» El pensador espiritual ha dicho: «Aquí palpita el aliento de Dios.» El uno contempla un universo en acción; el otro, un universo significativo. El uno descubrió los instrumentos; el otro descubrió al artífice. Pero ambos están de acuerdo en que el descubrimiento de las innumerables leyes naturales es el único medio de cooperar con su funcionamiento. Y la cooperación con las leyes naturales, la voluntad de Dios, es lo único razonable. Solamente así puede el hombre convertirse en colaborador práctico de Dios. Y que la humanidad se convierta en práctica colaboradora de Dios, en forma nacional y universal, es lo único absolutamente que pueda llamarse progreso.

IX

El tercer mandamiento de la biología es *el de difundir la ciencia*.

Si solamente el sabio pudiera cooperar con Dios, la moralidad *pública* sería imposible. La ciencia, confinada en el cerebro del sabio o en su inin-

teligible lenguaje, no puede nutrir la mente del hombre ordinario, como tampoco puede conmoverle con su belleza el cuadro que vive en la imaginación del artista, hasta que haya sido trasladado al lienzo. El escritor, el orador y el dramaturgo, *a quienes es dado comprender el idioma del sabio y pueden además dirigirse al pueblo*, deben penetrar al templo de la sabiduría; aunque no necesitan ocultarse tras el velo. Deben salir a las gradas del templo y revelar sus misterios a la multitud. Vuestro deber como estadistas, en la esfera social, industrial, religiosa, educativa y política es *organizar* estos difíciles preceptos, convirtiéndolos en costumbres sociales, estatutos legales, métodos educativos, culto religioso y compulsorias formas de arte. Si monopolizáis la ciencia y no la compartís con toda la humanidad, el espíritu mismo de la civilización quedará destruido, en tanto que si aportáis estos conocimientos al hombre ordinario, le dotaréis de nuevos y desconocidos elementos de personalidad, eficiencia política y utilidad social. La organización social de la

ciencia es simplemente la administración científica del amor divino.

X

El cuarto mandamiento de la biología es *el de procurar educación profesional*.

La civilización ha fracasado siempre porque jamás se ha preocupado de preparar a todos y cada uno de los hombres de acuerdo con las nuevas formas de evolución. La evolución es la resultante de cuatro grandes fuerzas: variación, adaptación, selección y herencia. En primer lugar, todo individuo «varía» con respecto a sus antepasados. En segundo lugar, si esta variación no se «adapta» al medio, la naturaleza suprime al individuo. En tercer lugar, si la variación está en armonía con el medio, la naturaleza «selecciona» a los sobrevivientes. Y en cuarto lugar, el individuo procrea, y transmite a sus descendientes por medio de la «herencia» las cualidades que le valieron la supervivencia.

Tales son los métodos de la naturaleza. Son crueles, horribles, destruc-

tivos. Muchas hermosas variaciones se pierden en la magna lucha. La verdadera civilización debe perfeccionar los métodos de la naturaleza, preservando *todas* las variaciones bellas y valiosas. Debe adaptar el medio a sus necesidades a la vez que adapta dichas variaciones al medio. La verdadera civilización no es otra cosa que la selección y preservación de todo lo bello y ennoblecedor que surge en la corriente protoplasmática. Por tal razón la educación profesional debe descubrir todas las entidades de valor en el sér humano, preparando al individuo que las posea para el medio más amplio y más complejo que los descendientes habrán de establecer indudablemente en virtud de la excelencia de sus características innatas.

XI

El quinto mandamiento de la biología es *el de fomentar el internacionalismo*.

Aun la civilización más científica, si sólo es nacional, habrá de verse pronto destruida por la guerra.

Ninguna nación puede, en consecuencia, esperar mantener el nivel de su civilización sin que toda la raza humana se haya civilizado. La guerra apenas tiene más valor selectivo en supervivencia que un terremoto. Y del mismo modo que terremotos y volcanes van pasando de moda, la guerra también debe ser eliminada. Los gritos de combate nacionalistas no solamente están fuera de lugar en un orden de cosas universal, sino que son asimismo inadecuados en un permanente orden de cosas nacional.

Por otra parte, los magnos problemas de la mezcla, cruzamientos y amalgamaciones de razas abrumarán mañana tanto al genio de la ciencia como al de la administración política. La biología ha desvanecido el mito de la asimilación nacional a la par que el mito de la guerra. *Cada raza y cada nación necesita crear su propia cultura*, su propia psicología nacional o étnica, su propia y peculiar disciplina intelectual. Mas si una cultura destruye a la otra, o si la elevada disciplina intelectual desaparece a causa de uniones híbridas entre pueblos ex-

traños o inarmónicos, perecerá toda civilización en el holocausto biológico. En consecuencia, es indispensable que vuestros mezquinos orgullos, ambiciones y lemas nacionales se evaporen al calor del eminente proceso del desenvolvimiento general del hombre.

XII

Finalmente, el sexto mandamiento de la biología *es el de fomentar el arte*. El arte es el heraldo de la marcha de la evolución. La biología ha concedido súbitamente al arte una importancia nueva e incalculable. Bajo su influencia cambiarán probablemente aun el rostro mismo y la figura humana, porque la belleza establece ideales selectivos para la unión del hombre y la mujer. Y la selección en la unión de los sexos es la razón suprema de la exaltación o degeneración étnicas. El arte determina los ideales de belleza; y la belleza masculina y femenina es la revelación exterior del valor de las cualidades de supervivencia, de las potencialidades procreadoras. La be-

lleza es así la flameante bandera de la naturaleza en su evolución.

Si el culto de la belleza física puede, orientando la selección en tal sentido, perfeccionar el rostro del sér humano, el culto de la belleza moral puede asimismo perfeccionar la mente y el carácter del hombre. El arte representa por lo tanto, en sus innumerables manifestaciones, la contribución más elevada del hombre al proceso de la evolución. Debe constituir, en consecuencia, el propósito y objeto principal de vuestros métodos de educación, puesto que las nobles emociones que origina influirán en gran manera para producir una raza humana mejor, más inteligente, más feliz y mucho más hermosa.

He presentado así ante vuestra excelencia las austeras amonestaciones y elevados preceptos que considero un deber y un privilegio del biólogo el hacer constar. Espero que les prestaréis debida atención. Vuestras innumerables caridades, vuestros ambiciosos planes de educación, vuestro clamor incesante por «democracia más pura,» lo demuestran satisfactoriamente. Pero

en vuestro estrecho nacionalismo habéis olvidado a vuestros semejantes de las antípodas y a vuestros hermanos biológicos que aún están por nacer. Os habéis preocupado solamente de dejar a los miembros de vuestra tribu una herencia material y de cultura, en vez de legar a la humanidad entera la herencia biológica de un cuerpo vigoroso y un alma elevada. Mas si vuestra cultura y vuestras sociedades han de perdurar, es necesario que el cristianismo completado de la ciencia sea el espíritu predominante en vuestro Estado, y que vuestros beneficios y vuestra administración políticas posean la magnitud del océano y la eternidad del protoplasma.

Respetuosamente,

EL BIÓLOGO

De *Inter-América*, ligeramente abreviado.

De la inteligencia

Los confeccionadores de programas de estudios parecen como si trabajaran para seres abstractos que no estuviesen sometidos a las necesidades fisiológicas de la inteligencia humana, de las cuales olvidar es la primera.

¿Qué queda de todos los hechos concretos que se aprenden en las clases?

En realidad muy pocas cosas.

Ultimamente algunos universitarios creyeron descubrir ese vicio examinando a jóvenes salidos de la escuela primaria desde hacía cinco o seis años, y cuyos cerebros, aplicados a un trabajo estrictamente manual, nuevamente habían quedado yermos. Y se maravillaban de ello. Pero, desde mucho tiempo ha, las escuelas de adultos revelan el mal luchando contra él. Y este mal es universal. Dicen los médicos que hay que aprender siete veces la anatomía para conocerla. Pero quien no la practica constantemente, la pierde después de la sétima repetición como después de la sexta; el número de olvidos de que es capaz la memoria relativamente a

un asunto aparte de las diarias preocupaciones es, por decirlo así, indefinido.

Si tras largos estudios de todo género se procurase formar el inventario de lo que queda de nociones concretas, nos avergonzaría ver lo poco que de ellas se ha conservado.

El inmenso granero de ideas constituido por el trabajo, conviértese en laberinto, en el que muchos departamentos están vacíos y varios conservan imágenes deformadas y risibles.

Tengo cuarenta años y hace treinta que me fatigo sobre los libros y la observación de los hechos, y no podría, de golpe y porrazo, encontrar—sobre ninguna de las ciencias que he cultivado—las respuestas que se piden a los alumnos y que he dado en diversas ocasiones en mi tiempo. Hé aquí una observación comprobada, general por lo demás, que debe ser meditada por los que constituyen exámenes. Así como hay libros para sustituir facultad tan engañosa como la memoria, para todas las profesiones hay formularios, anuarios que refrescan los recuerdos borrados.

Pero, entonces ¿por qué nos instruimos, si tan poco se retiene? El objeto es completamente distinto.

Debemos esforzarnos en desarrollar la inteligencia, es decir, la facultad de comprender y asimilarse los hechos: reconocerlos, y en caso necesario comprobarlos, hacer la crítica de las ideas y apreciar su relatividad y la parte hipotética, reconocer los prejuicios y distinguirlos de los conocimientos ciertos, no ser víctima ni de la fuerza de autoridad ni de la ley del esfuerzo menor—que ambas a dos tienden a imponernos nociones sospechosas,—razonar con exactitud en nuestra profesión como en los negocios de la vida privada, reaccionar en conformidad con las excitaciones exteriores, tener iniciativa, combinar los actos con la mira de resultados descontados.

Para alcanzar esta superioridad, precisan ejercicios de gimnasia intelectual, pero no todos son igualmente buenos. Es todavía necesario no perder jamás de vista que los mejores no son siempre más que medios y hay que guardarse de tomarlos como fines, lo que conduciría a soltar la presa por su sombra.

El buen sentido popular, por otra parte, no se deja engañar por los falsos aspectos de la inteligencia. Una persona podrá ser muy instruida, graduada en todas las facultades y laureada en concursos superiores, hasta poseedora de cátedra y de funciones eminentes, y con todo continuará siendo un pobre cerebro. Su criado o su ayuda de cámara no se deslumbrará en modo alguno por esos títulos; pensará que, a pesar de todo, su señor no es inteligente, y no se engañará. Así cabe explicarse el fracaso de ciertos individuos aventajados en la escuela, alumnos de prestigio, que se han convertido en hombres mediocres.

En verdad, crear es propio de la superioridad en todo medio, en todo lugar. El comerciante que instala una casa más adaptada a las necesidades de la clientela, crea, como el que perfecciona un método de enseñanza o encuentra una mejor disposición de una instalación industrial o pone de manifiesto un hecho nuevo en el estudio científico de los fenómenos. Hay ciertamente una jerarquía en esos actos, y en este sentido no tienen todos el

mismo valor, pero todos son del mismo orden. Ahora bien: se trata sobre todo en la vida de crear y no de conocer, lo cual es solamente el medio para ello. En las circunstancias de la existencia práctica, cada cual está en lucha con dificultades que nacen de las relaciones con su familia, con los extraños, con jefes y subordinados. La buena solución de estos conflictos, exige la participación de las mismas facultades superiores, y el que sabe salir airoso de un asunto delicado, ha debido encontrar en él los mismos recursos de invención que para resolver un problema de tecnología.

DR. TOULOUSE

1912.

La libre Helvecia

Hay mucho que observar en esta nación, la más artificial que existe, y que poco a poco se transforma en un inmenso hotel.

Si la República Francesa es dirigida por un grupo de financistas, la demo-

crática Suiza, parece serlo por los hoteleros.

Han querido la paz en su casa y eso los ha conducido a mantener una policía formidable. Parece que los hijos de Guillermo Tell son muy afectos a ese oficio, pues la alcahuetería se practica de una manera espantosa, no sólo como apoyo a la policía sino también de cliente a patrón contra tal oficial, de empleado contra sus colegas, etcétera...

Además de eso, el país ha estado abierto a la acción de las policías extranjeras. El pueblo suizo, que se cree el más independiente del mundo, ignora eso, pero es un hecho y se comprende por la razón de que la policía suiza tiene muchísimas informaciones que pedir a otras policías. Entonces las agradece así: Cuando un extranjero o un suizo de un «cantón» (son 22 estados confederados), viene a vivir en otro, la policía cantonal le hace depositar sus papeles y frecuentemente toma informes en las ciudades donde ha habitado. ¡Se comprende si necesitan ejércitos de empleados para todo ese trabajo!

Como se sabe, Suiza reúne bajo un

mismo gobierno federal a poblaciones de razas diferentes. Desde el punto de vista internacionalista parece un ejemplo que citar, pero el sentimiento de hermandad no existe, y vemos, por el contrario, un «chauvinisme» estrecho, propio de aldea, hecho de celosía y de odio bajo. Así se tratan de cantón a cantón y a veces de ciudad a ciudad. Es tan artificial esa patria suiza, que úno se puede preguntar lo que hay de suizo en Ginebra; la mentalidad general es anti-valdense, anti-vernesa y anti-alemana; las simpatías internacionales son más bien para Francia, porque los diarios son subvencionados por la gran República. Según parece, igual cosa pasa en las partes vecinas de Alemania, donde los alemanes son numerosos. Y se ha extremado hasta tal punto, que vemos los diarios suizos y a sus lectores más hostiles entre ellos que los mismos alemanes y franceses, italianos y austriacos. ¡Qué bonito!... ¡Estar embargados por odios ajenos!... Nos parece, pues, que los odios entre pueblos no se apaciguan por el hecho de estar juntos por leyes, con intereses opuestos.—ALVAR.

Miscelánea

Aislamiento, terquedad, esto, en fin, que llaman en mí orgullo y hurañería, no es sino desgracia: iba a decir amor, pero está bien decir desgracia.

J. MONTALVO

*

Está en prensa un utilísimo libro de higiene escrito por el doctor don Ricardo Jiménez Núñez. En él se me hace el honor de reproducir algunas palabras más, pero con un inteligente y atento comentario del autor, al cual quiero responder anticipadamente aquí. Lo hago con la carta del biólogo CRISTIANO que ocupa el primer lugar de este cuaderno, carta escrita en marzo del año en curso y que parece el compendio de las ideas que he procurado difundir en los últimos 20 años. Como complemento, ruego al lector interesado se sirva rever las notas adjuntas al discurso espiritualista del químico Dumas, tomo II de esta revista, Nos. 25, 26, 30, 31 y 32. «El buen funcionamiento de un organismo o de un órgano en particular (cerebro, músculos, etc.) depende mucho menos de la forma, tamaño y estructura anatómica que del *estado químico* de los elementos fisiológicos. El célebre escritor

inglés Pope, endeble y contrahecho *en apariencia*, podía muy bien poseer un cerebro privilegiado, etc. >

*

Véase como termina Enrique José Varona su última carta al señor Editor del *Reperitorio Americano*:

Como ustedes observarán, procuro fortalecer y estrechar los *vinculos humanos*; y no me cuido tanto de los meramente políticos. Esto depende de que, personalmente, recelo de las vastas aglomeraciones bajo un solo gobierno, y soy *partidario de la multiplicación de los pequeños Estados*.

He subrayado por mi cuenta.

¡Ojalá no tarde la respuesta de don Antonio Caso! En lenguaje muy diverso del que usa el ilustre cubano, nos redirá don Antonio,—ya me parece oírlo—, la novedad del *¡Detente que el Corazón de Jesús está conmigo!* Lo que ha servido para desbaratar en México el tremendo positivismo, ¿por qué no habrá de servir para conjurar el peligro yanqui? ¡El peligro yanqui! ¡Comienza a no inquietarme! El mal está en casa, y lo representan en el norte Vasconcelos y cuantos con él menosprecian las investigaciones científicas. Empujada la juventud hacia la conquista del cielo, ¿qué ha de importarle la pérdida del suelo?

*

Nunca comprendí el significado de la llamada «fiesta de la raza». No voy ahora a volver sobre el mismo tema. Quiero reproducir las recientes palabras de un ilustre español, el filósofo Ramón Pérez de Ayala:

«Recientemente se ha instituido la fiesta de la raza, que se celebra en España y en América CON HARTA FRIGIDEZ. Y es natural. Si nos detenemos en el fetichismo de la raza, entonces con tanto fundamento como el de la raza española podemos alardear de la raza latina, raza indo-europea, etc., etc. NO HAY UNA RAZA ESPAÑOLA; HAY UNA LENGUA ESPAÑOLA, que plasma en los cerebros que la practican una mentalidad única».

E. J. R.